

# La transmisión de la fe en la familia

---

*RAMON ECHARREN YSTURIZ*

Hay que comenzar diciendo que tratar el tema de la transmisión de la fe en la familia nos obligaría a hacer un análisis sosegado de cómo se va a configurar hoy y de cara al mañana la institución familiar.

**En nuestra realidad actual, no existe un modelo acabado de familia**, ni de familia en general, ni de familia cristiana en particular. Ello, en contra de lo que algunos "profetas de calamidades" afirman, no supone que la familia, como institución social básica, vaya a desaparecer. Ni supone que determinadas formas de convivencia de una pareja, con o sin hijos, adaptados o no, que algunos grupos más bien residuales y marginales se empeñan en denominar matrimonio o familia, lleguen a consolidarse como tales instituciones, aunque nuestros tantas veces superficiales legisladores se empeñen en ofrecerles el marchamo de legales, dejándose llevar de una opinión pública creada por unos medios a los que, al margen de toda responsabilidad social y ética, sólo les preocupa vender, aumentar los beneficios, crecer en prestigio, al coste que sea.

El que no exista un modelo único y acabado de familia, supone que difícilmente podemos ofrecer "recetas" o "fórmulas" acabadas de transmisión de la fe, que sean válidas para todas las familias y para todos los cristianos. Y ello tratemos de la transmisión de la fe o tratemos de cualquier otro tema religioso

relacionado con la familia: oración, amor, esperanza, compromiso apostólico, compromiso social..., etc.

La familia, hoy, la ha de asumir el creyente como una realidad "en éxodo", en transformación permanente, en búsqueda de un nuevo equilibrio que probablemente ninguno de nosotros llegaremos a conocer plenamente realizado. Y en el corazón de esa búsqueda, de ese movimiento, el creyente ha de insertar y construir espacios de amor y de paz, de verdadera felicidad, de descanso y de plenitud, algo siempre posible en Cristo que, habiendo vencido la muerte, está siempre con nosotros, por encima del espacio y del tiempo, ofreciéndonos la referencia que nos permite no perdernos en nuestro continuo caminar.

A la hora de plantearse la transmisión de la fe en la familia, ello va a exigir una continua creatividad, una continua adaptación a situaciones cambiantes y nuevas, una gran imaginación para crear, en una palabra, algo que siempre es posible al creyente cuando es capaz de leer el Evangelio siempre con ojos nuevos; cuando es capaz de estar con Cristo como se está con una persona viva y cercana; cuando es capaz de superar una rutina religiosa para vivir el cristianismo como Buena Noticia, como Buena Noticia siempre buena y siempre nueva. En esta línea, y desde la fe, ello entraña para los creyentes el ejercicio continuo de la comprensión y de la esperanza, de la serenidad llena de amor y de la confianza en el Padre del Cielo, de la oración confiada y espontánea, de la humildad del que acepta la inseguridad y la desinstalación hechas formas habituales de vida, de la fe profunda en Jesús como Señor de la historia.

Me atrevería a decir que **uno de los obstáculos más serios** que hoy se plantea la familia, como lugar privilegiado para la transmisión de la fe, sea **el miedo al mundo**, el miedo a lo que se ve, a lo que se escribe, a lo que se piensa, a lo que se dice,

a lo que algunos viven en la sociedad en que vivimos. El Señor repite muchas veces: ¡no tengáis miedo! El miedo lleva siempre a convertir sea al hombre, sea a la familia, sea a la Iglesia... en realidades que intentan ser autárquicas y con una relación defensiva respecto al entorno (relación defensiva que suele acabar cargándose de agresividad, algo nada evangélico y que siempre impide evangelizar...).

En una sociedad pluralista y conflictiva como la nuestra, la familia "bunker" representa una de las grandes tentaciones para todos aquellos que no se sienten interiormente libres para enfrentarse con la vida, para todos aquellos que les falta esa seguridad interior que les permita aceptar asumir con valentía los retos de una sociedad que desde su conflictividad ataca continua y agresivamente a la familia y al matrimonio.

Algunas familias de hoy, con frecuencia, aspiran a vivir cerradas en sí mismas, tienen miedo al mundo, y, si consienten en abrirse al exterior, es, muchas veces, por impotencia, por debilidad o por mera comodidad.

Ello da lugar a configurar una familia sin horizonte, una familia que huye de toda confrontación, que se organiza defensivamente dando lugar, lo que es más grave, a un intento de educar a los hijos como si siempre hubieran de vivir en el seno del propio grupo familiar. La consecuencia es que los miembros de la familia se sienten extranjeros en la sociedad, inmersos en un mundo hostil, sin "anti-cuerpos" para defenderse de sus problemas.

En todo caso, la familia hermética olvida que está compuesta por dos o tres generaciones que necesariamente necesitan del mundo de hoy como referencia: una que vive el hoy como consecuencia final de su ayer; otra que vive el presente como su horizonte existencial, síntesis de logros y fracasos, de éxitos

y frustraciones, de su propio quehacer o de sus proyectos de su ayer; una última que ha de vivir el presente como plataforma necesaria de su futuro, de un mañana que será su "hoy" definitivo.

Para el creyente, la familia, como espacio para transmitir la fe, no puede ser jamás un ámbito cerrado. Por el contrario, hay que resaltar lo que en nuestro hoy tiene de falta de perspectiva cristiana: el intento de vivir una familia autárquica, cerrada en sí misma. Jesús ha vencido al mundo. Sentirse solidario con nuestra cultura y con nuestra sociedad, con total talante crítico profético, sin dejarse aprisionar por miedo alguno, aceptando el vivir la fe como factor creativo de lo nuevo, asomándose con esperanza al futuro y afrontando el reto o los retos de la sociedad, son exigencias radicales de un evangelio que es siempre capaz de encarnarse en cualquier situación y cultura, y que aporta siempre nuevas energías para vencer el pecado y la muerte en cualquier contexto, entre otras razones, porque representa una liberación interior que lleva a dotar al creyente de una vida desde la que es posible, a través de un corazón limpio, optar por el bien en libertad, frente a todo intento esclavizante de carácter exterior o ambiental.

Frente al intento o tentación de una familia cerrada, el creyente (a nivel de padres o a nivel de hijos) será siempre el protagonista de una creación familiar que sea espacio de encuentro salvador con la liberación interior de Jesucristo en apertura a la sociedad, sea ésta como fuere. Sabrá que, en último extremo, la moral de Jesús no se implanta a nivel de protecciones externas que acaban por fabricar coactivamente "buenos", sino a nivel de una plena interiorización (que no significa ni intimismo, ni privatización de la fe, por supuesto) que permite al hombre optar en libertad por el Reino en cualquier circunstancia. El creyente intentará forjar una familia que sea espacio de realismo, es decir, que sea lugar en el que se conoce y vive

la sociedad y sus retos y dificultades, no a nivel de mero mimetismo, sino a nivel de plena solidaridad, afectiva y crítica, capaz de hacer al hombre un ser plenamente adaptado al hoy, pero con una plena libertad crítica y profética para enfrentarse (sin agresividades ni prejuicios) con todo lo que en esta su sociedad es causa de alienación o de explotación del hombre. El creyente intentará construir una familia que sea espacio también de respeto intergeneracional y de comprensión nueva. Y lo hará convencido de que los ritmos del caminar del hombre hacia Dios son diferentes y no reductibles a tipos específicos. Lo hará convencido de que la relación de cada hombre con su sociedad es distinta y que cada generación contempla el hoy y el futuro de forma diferente y desde niveles de esperanza que no pueden ser iguales.

En una palabra, **la familia**, para el creyente, y en orden a la transmisión de la fe, no puede ser un horno reductor de diferencias; no puede ser un molde elaborador de comportamientos en serie; no puede ser la referencia monolítica en función de la cual se configura a cada miembro. **Será**, por el contrario, **un ámbito de creatividad** en el que cada uno adquiere su propia fisonomía del bien revelado por Jesucristo y en el que, en referencia a su Evangelio, el amor mutuo como valor fundamental se convierte en respeto, en comprensión, en convivencia alegre, en paz dichosa, en diálogo de historias personales diferentes, profundamente vinculadas, en una libertad que tiene como supremo valor la persona y no el individuo.

Si el amor es importante como base de todo el acontecer familiar, no todo, sin embargo, se resuelve en afectividad. La familia es más que el matrimonio. El afecto puede convertirse en egoísmo en el sentido de querer parar el tiempo en un intento de perpetuar el instante feliz, la época de satisfacciones, las etapas sin conflicto. Ello representa algo así como

querer parar la vida, es decir, negar el hecho de que los hijos crecen y tienen un gran componente de proyecto de plenitud humana, hacia el mañana (suyo y no nuestro).

Los cristianos sabemos que **nuestro modelo es Cristo, el hombre siempre nuevo**, única referencia definitiva desde su Palabra para ir perfilando día a día ese camino que, en toda época y lugar, se va haciendo al andar.

Ello supone romper con todo otro modelo que no sea reflejo del mismo Cristo. Supone sobre todo aceptar, con amor, que los hijos serán protagonistas fundamentales de su mañana, de un mañana que no va a ser el nuestro; un mañana que han de construir por sí mismos en la compañía cercana del mismo Señor que hoy nos acompaña, a ellos y a nosotros.

Aceptar la vida familiar así supone afirmar de corazón que **los padres no sirven como modelo** (otra cosa es que sean "testigos"...) para sus hijos, como **los hijos no sirven como modelo** para sus padres: el mañana será distinto al hoy y al ayer. Sólo Cristo permanece como modelo y el diálogo de Cristo con cada hombre y con la comunidad familiar misma, no sólo no impide sino que impulsa la marcha de cada uno y de la familia en el interior del tiempo y de la historia.

De ahí que la familia, en un momento como el nuestro de una transformación socio-cultural tan acelerada, para transmitir la fe, deba aceptar el caminar de los hijos como fuente de transformación permanente. Ello no supone dejar que los hijos se erijan en ley, al igual que los padres no deben constituirse en norma. Se trata, por el contrario, que padres e hijos, en un esfuerzo conjunto, aprendan a descubrir unas referencias válidas en el Evangelio, relativizando siempre la rutina convertida en norma, y relativizando, por último, lo que sólo puede representar una moda pasajera impuesta al joven por la

sociedad controlada ideológica o económicamente por grupos de presión. Hacer de la familia un espacio de crítica profética en el que padres e hijos hablen desde la libertad con ojos siempre nuevos; hacer de la familia un espacio de discernimiento, un diálogo sin inhibiciones sobre valores y contra-valores, sin dramatismos, en un clima de relax, porque nadie juzga a nadie, porque todos se aceptan y se quieren, rompiendo todo bloqueo que nazca del temor, de la desconfianza o de la imposición, será siempre una afirmación radical de unos creyentes que viven en familia.

No es preciso insistir en la **importancia de la Palabra de Dios** como referencia siempre abierta. **Y desde ella como base, la construcción de unas actitudes** que se concreten en diálogo permanente, en una acogida de todos por todos, en un acompañamiento de todos por todos.

La emancipación de la mujer y la emancipación progresiva y cada vez más temprana de los hijos son hechos irreversibles (el padre siempre ha vivido emancipado en nuestra cultura) que no llevan necesariamente una connotación moralmente negativa desde el Evangelio. Más bien hay que decir que Jesús produjo un verdadero quebradero de cabeza a María y a José por un acto de emancipación... *«¿Por qué me buscáis? ¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre?»* (Lc 2, 49). *«Ellos no comprendieron lo que quería decir...»*

La educación, el trabajo, la religión, la sanidad, el ocio y las diversiones, la protección, el comercio, la política..., etc., etc., son funciones que poco a poco ha ido asumiendo de forma creciente la sociedad al margen y, a veces, frente a la familia. Ello no supone que la familia se vea en trance de desaparecer. Lo que desaparece es una determinada forma de familia. Y hay que evitar caer en la tentación de pensar que esa forma de familia que desaparece es la que hemos de considerar la

cristiana. Aquella familia del pasado podía estar llena de sentido funcional y social en su tiempo, y ser hoy poco cristiana. Porque la funcionalidad plena no entraña por sí misma los valores cristianos fundamentales.

Lo que significan estos hechos sociales es que hoy la familia, para vivirse en cristiano, y para ser lugar de transmisión de la fe, tiene que asumir otros rumbos de referencia evangélica, se tiene que apoyar en otros valores nucleares cristianos, tiene que construirse desde unas formas más personales y comunitarias de vivir la fe.

La familia vivida por creyentes tendrá hoy que ofrecer en libertad unos valores y configurar unas actitudes compartidas, que sirvan realmente para realizar la fe dentro y fuera del mundo familiar. Sociedad y familia no tienen hoy por qué ser coherentes en sus estructuras psicosociales: pueden existir, incluso, en plena contradicción a nivel de normas, de escala jerárquica de valores, de actitudes compartidas, de modelos de comportamiento. La familia para el creyente no será propiamente hablando ya una escuela en el sentido tradicional del término, sino un espacio que configura hombres coherentes (a nivel de padres y de hijos) capaces de vivir esa libertad profética que les integra libre y críticamente, simultáneamente, en el grupo familiar y en la sociedad. La familia como proceso de socialización deberá configurar un hombre así, capaz de vivir su vida dentro de una sociedad pluralista y conflictiva, plenamente integrado (en el sentido psico-social del término) en la familia y en la sociedad.

En esta perspectiva el creyente, frente a una familia que o absorbe el individuo o que lo abandona a su suerte, intentará configurarla como ámbito de educación para la totalidad de la vida; como lugar donde se hace realidad una moral de actitudes fundamentada de verdad en el Evangelio liberador de

Jesucristo y suficientemente razonada desde la fe, la esperanza y el amor; como espacio donde espontáneamente se produce el testimonio cristiano de cada miembro, en relación con la propia familia y en relación con el mundo y con la diversidad de funciones que en la sociedad de hoy se desarrollan; como ámbito donde es normal una lectura creyente de los acontecimientos y en el que la persona como valor prima sobre el individuo; como espacio en el que la persona humana es la verdadera fuente de derechos y obligaciones y no meramente el individuo; como lugar de amor y de esperanza que permita afrontar la sociedad y sus tensiones con paz y comprensión, con energía y con serenidad solidaria.

Todo ello supone un reto para los padres-esposos que deberán darse y dar todo su amor sin esperar contraprestaciones. Y supone un reto para los hijos que deberán dejar de pensar en su familia como una especie de "seguro de vida" o de "granja productiva". En una palabra se trata de plantear la libertad y la responsabilidad (capacidad de dar respuesta a los interrogantes que la vida, la sociedad y los demás vayan lanzándoles) como ejes esenciales de la convivencia familiar.

La posibilidad de todo ello estará estrechamente vinculada al hecho de que la familia sea un lugar de verdadera intimidad, grupal y personal, donde el hombre (padres e hijos) se forme para trabajar, vivir, divertirse, jugar, crear el arte, convivir, perdonar, dialogar... en espacios ajenos a la familia, pero con idénticos valores y actitudes basadas en la libertad, en el amor y en la responsabilidad, valores y actitudes que serán su apoyo y configurarán su personalidad en la sociedad, en el trabajo, en la familia misma, en el deporte, en la política, en el estudio, en el ocio...

En esta óptica será fundamental para los creyentes **que la transmisión de la fe que se realice en la familia sea una vida**

**cristiana capaz de realizarse en cualquier ambiente**, incluso en ambientes hostiles. Lo mismo habrá que decir en cuanto a la dimensión comunitaria de la fe, que desde la familia debe cristalizarse de tal forma que sea posible realizarla, sin traumas, fuera de la familia, en ambientes de otras acogidas cristianas donde no se dé (al menos inicialmente) una afectividad básica.

La familia no puede ser el lugar que culturiza desde una perspectiva de que el mundo se divide en "buenos" o "malos", o en "rojos" o "fachas", de forma que sólo el propio sistema sea el bueno y el que no debe ser jamás ni modificado ni conculcado, bajo pena de pecado o de descalificación familiar, en una permanente negación de toda posibilidad de interrogación. El creyente, por el contrario, contemplará la familia como lugar privilegiado para aprender a escuchar, a dialogar, a dudar como punto de partida de la convicción libre y bien arraigada, a respetar al que piensa diferente, a interrogar, a responder desde la propia vida y sin artificios intelectuales, a comprender que existen otros sistemas de valores que exigen siempre un respeto último y radical a la persona, aunque se escuchen con toda capacidad crítica y aunque finalmente no se acepten porque se descubran como incompatibles con la fe en el Señor o con el seguimiento de Cristo.

La familia ha de concebirse no como un "bunker" sitiado e incluso ocupado ya irremediabilmente por un mundo hostil frente al que sólo cabe la intransigencia o la enemistad o la débil transigencia del que se siente perdedor de la batalla, o la entrega sin condiciones "al enemigo". Por el contrario, deberá ser asumida por el creyente como una "microsociedad" que, necesariamente inmersa en la sociedad actual y en su cultura, participa inevitablemente de sus valores y de sus contravalores. No se puede vivir el mundo actual como si fuese sólo un drama de maldad. Todo tiempo -y más si es tiempo de crisis-

tiene mucho de "kairos", de tiempo de gracia y salvación, de llamada de Dios a la conversión. En todo tiempo y lugar se producen, bajo la acción del Espíritu, chispazos del Reino que pugna por avanzar hacia su constitución definitiva.

De ahí la importancia que para el creyente tendrá el asumir la familia como parte viva de la propia sociedad convirtiéndola en levadura de un mundo mejor, factor de cambio de la propia sociedad, laboratorio de una convivencia que se ha de proyectar en todos los ámbitos de la vida social.

Y es aquí donde hay que situar la familia como proyecto de amor, como lugar en el que se configuran, sin traumas y sin moralismos casuísticos, sin superestructuras ideológicas o intelectuales, desde la vida de cada día, unos valores jerárquicos desde unas existencias que aman espontáneamente, unas actitudes que dimanan espontáneamente desde el hecho de amar, por encima de todo intento de configurar meramente unos modelos de comportamiento o unos comportamientos tipo que no son casi nunca trasladables a otros ambientes.

El amor, cuando es auténtico, (y sobre todo, si es cristiano, si es "caridad") no es reductible a meras exigencias morales, aunque las entrañe. Es algo que configura toda la existencia del hombre, sus motivaciones y actitudes; que piensa, habla, se relaciona, actúa... en la totalidad de la persona; que empapa todas las relaciones interpersonales; que excluye toda agresividad incontrolada que tiende a enfrentar al hombre con el hombre. El amor, cuando es auténtico, crea una atmósfera de fraternidad comunicativa y espontánea que hace de la convivencia una realidad nueva y estable, que llega incluso más allá de cada persona, y que permite superar, tarde o temprano, toda ruptura que se quedará en anécdota, toda quiebra que acabará por cicatrizarse, toda dificultad que ayudará finalmente a que siga creciendo el amor. Pero para ello será necesario que

2el amor exista: que exista entre los esposos; que exista entre los hermanos; que exista entre padres e hijos y entre hijos y padres. Y no hay recetas posibles. Es preciso que exista, que se dé, que sea una realidad.

Unas relaciones familiares basadas en el amor conllevan necesariamente una serie de **rasgos que el creyente intentará convertir en orientación fundamental de la vida familiar** como punto de partida que posibilite tanto la transmisión de la fe como una orientación fundamental de la vida social misma.

- El respeto a la persona, a cada persona, por encima de lo que piensa, dice, hace o manifiesta.
- El diálogo como actitud permanente, un diálogo basado en la verdad, en la paz y en el amor y en la comprensión. Un diálogo que se hará, por amor, corrección fraterna o denuncia profética, a la luz de una búsqueda continua del bien de las personas a quienes se ama.
- El respeto mutuo, interpersonal, y la igualdad como ideal, una igualdad que parte de que Dios ha creado a todo hombre a su imagen y semejanza y que la edad, o la niñez o la juventud, o la ancianidad, o la paternidad, o la maternidad, no son fuente de derechos para imponerse por la fuerza a los demás en función del propio egoísmo; una igualdad que parte de la igual dignidad de la persona humana a la luz del plan creador y redentor de Dios para el hombre.
- La configuración de la familia como crisol crítico y profético de todo lo que nace en sí misma y de todo lo que se recibe del mundo: ideologías, acontecimientos, arte, política, proyectos, enseñanzas, ciencias, depor-

tes, diversiones, leyes...

- La configuración de la familia como espacio de construcción, de transmisión y de comunicación de una moral evangélica liberadora, aceptando con confianza el riesgo de la libertad.
- La aceptación incondicional de la primacía del amor, traduciéndolo permanentemente en presencia, diálogo, convivencia... sin trucos, ni coartadas, sin engaños, sin sustituir el amor por cosas o por dinero, sin dejarse guiar en la práctica por otros valores: el dinero, el trabajo, el confort, el periódico o la TV bajo la disculpa de la importancia de estar informados...
- La contrucción de la familia como lugar privilegiado de reconciliación, de perdón, de acogida, de paz... de reducción a comprensión y a unidad, afectiva y efectiva, de unas personas a las que la sociedad tiende de mil maneras a romper, a desunir, a enfrentarse y a confrontar.

Personalmente, como creyente, estoy convencido de que, **la Religión sí aporta algo específico y muy enriquecedor en esta tarea.** Respeto profundamente las morales laicas, pero creo que en la Moral cristiana pueden encontrarse motivaciones y valores que den lugar a comportamientos distintos. Estas motivaciones son:

- a) Unas experiencias religiosas profundas que hacen del creyente un ser que dice y proclama: *«Sé de quién me he fiado»*. Creo que tras esta confesión existencial, y no mera repetición vacía, la motivación de nuestro comportamiento está tan interiorizada que abre insospechadamente el horizonte de nuestro amor hasta dar

la vida por el prójimo, puesto que el punto de referencia último es Jesús de Nazaret y su entrega a la muerte por amor a los hombres.

b) Esta referencia a Jesús se vive como respuesta a un don, y no como iniciativa personal. *«El amor impulsa y motiva un estilo de conducta que resulta válido para todos los hombres y que para el cristiano se convierte, además, en una respuesta agradecida al Señor»*. Si la salvación es una oferta del Señor, la moral cristiana se convierte en una respuesta libre y agradecida al amor de Dios.

c) Además de ese horizonte último, nuestra moral cristiana se apoya en la larga lista de creyentes que, a lo largo de la historia, muestran en su vida y en su obra de lo que se es capaz cuando la vida está orientada hacia el seguimiento de Jesús de Nazaret.

d) La revolución social que trajo consigo su Mensaje es garantía de que el camino moral que propone el Evangelio (por ejemplo, no hacer el juego a la espiral de violencia, devolver bien por mal, perdonar, o ejercer la autoridad como servicio), es factor de una transformación social positiva, aunque las apariencias muestren lo contrario en una primera etapa, y aunque esta etapa dure muchos años.

e) El Evangelio nos hace una propuesta de valores, no nos impone, sin más, un conjunto de normas concretas. Desgraciadamente esta distinción en algunos educadores no aparece o se ha falseado. Frente al "no hagas" hay un ofrecimiento a nuestra libertad que dice *"si quieres, ven y sígueme", "si quieres, vende tus bienes", "si quieres, pon la otra mejilla"*. Y si no

quieres, síguete organizando la vida como te parezca, busca tu felicidad y tu realización por otros caminos. Hay toda una carga revolucionaria en esta moral evangélica porque se dirige a nuestra libertad, y nos ofrece escoger el camino de la justicia, del amor y de la solidaridad, para conseguir como fruto maduro, personal y comunitario la paz.

Tal vez alguno alegraría que este ofrecimiento puede partir también de morales laicas. Pero, a mi manera de ver, hay **dos perspectivas diferentes en la propuesta evangélica**, que no se dan en una simple ética:

- **El horizonte escatológico**, es decir, el hecho de que nuestro trabajo sea valioso, independientemente de los frutos, porque estamos construyendo el Reino de Dios. Nuestra tarea es sembrar y "caminar hacia...", la cosecha depende de Dios... y se inserta en un futuro eterno (salvación y felicidad).
- **La celebración** de lo que creo y de lo que vivo. Para un creyente son elementos muy importantes en su configuración moral -por la Gracia, y por las perspectivas que abren- las celebraciones sacramentales realizadas en una comunidad de fe, y en las que se reconocan seriamente los propios errores.

Se ha dicho muchas veces que la familia es el lugar privilegiado para la transmisión de la fe. Y ello es una gran verdad. Pero para la educación de la fe de los hijos, nada tiene tanto valor como una vida familiar honrada, sincera, que ama la justicia, que respeta la opinión ajena y fomenta el diálogo amistoso, que es iluminada por los criterios evangélicos de pobreza, de amor fraterno, de perdón cristiano y que alimenta una fe que se expresa tanto en los momentos difíciles de la vida como en

los días de júbilo, que tiene su ritmo de oración comunitaria, familiar y litúrgica, y que en todo momento mira hacia Jesucristo como luz, camino, verdad y vida. La experiencia del amor incondicional con que los hijos deben ser amados por sus padres y del amor profundo con que éstos se aman entre sí, es para los hijos un signo vivo del amor de Dios Padre.

### **La transmisión de la fe en la familia exige:**

- **Esfuerzo testimonial.** Las actitudes de la fe de los padres tienen más fuerza que las palabras. El testimonio incluye además no sólo lo que se es, sino aquello que sinceramente se tiende a ser. El testimonio exige la verdad interior, la conversión de corazón, y se hace patente en las reacciones imprevistas, espontáneas, en los acontecimientos que nos sorprenden. Se trata de superar la pura transmisión, de palabras que acaban vacías de contenido, con lo cual los hijos quedan "vacunados" respecto a lo cristiano (piénsese cuando junto a "hermosos sermones", los padres mienten, odian, buscan la riqueza o el éxito..., etc.).
- **Atención a las personas.** La fe no es una superestructura, sino respuesta a un momento vital determinado, es Buena Noticia que abre horizontes nuevos e impregna todos los momentos de la vida. Y ello debe ser puesto de manifiesto sobre todo a nivel de relaciones personales. No se puede teorizar. Cada hijo, cada miembro de la familia es un mundo y debe construir su propia historia cristiana, ayudado en su caminar por los demás, e integrándose en la Comunidad Eclesial.
- **Atención al ambiente.** Hay que resaltar la importancia del clima familiar, social, grupal, de cada miembro de la

familia. No existe nunca del todo un cristianismo individual, aunque sea, si es auténtico, plenamente personal. La fe es comunitaria y el primer escalón de ese ser comunitario de la fe será la familia. El modo de vivir la familia, sus relaciones, sus inquietudes, manifestaciones, aspiraciones, son parte integrante de la transmisión y de la educación en la fe. Y así puede ser decisivo, p.e., el trato de los padres a los demás: compañeros de trabajo, vecinos, amigos y enemigos, ricos y pobres..., etc.

**La catequesis familiar** no puede reducirse, hoy, a una mera función educativa, más o menos lograda pedagógicamente. La catequesis, hoy, a nivel de familia:

- Debe estar abierta a las preocupaciones y problemas de todos los miembros de la familia en sus circunstancias concretas. Hay que superar el esquema padres catequistas-hijos catequizandos. Todos deben asumir la tarea catequética. La catequesis en familia debe ser el hecho permanente de recoger los interrogantes que la vida familiar plantea a la fe, dándoles respuesta desde la Palabra, a ser posible respuesta construida entre todos. Naturalmente, ello dependerá de las edades de los hijos. Cuando éstos son pequeños, los padres deberán asumir un mayor protagonismo activo (Catequesis de infancia, preparación de la Primera Comunión...).
- Debe servir a una necesaria tarea de discernimiento y clarificación que permita afirmar, sin confusiones, aunque sin fáciles dogmatismos, la identidad cristiana y eclesial de la fe de los miembros de la familia.
- Debe consistir en una reflexión cristiana sobre la fe,

tal como ésta se encarna en cada miembro de la familia misma y desde la perspectiva de "la fe de la Iglesia". Con esta reflexión se trata no sólo de leer la vida humana desde la Palabra de Dios, sino también de leer la palabra revelada desde la vida humana misma, no en el sentido de que haya nuevas verdades reveladas por Dios, sino en el sentido de que aquello que Dios ha revelado debe ser comprendido por el hombre de hoy desde su experiencia humana y cristiana actual. Dios no nos dice nada que no nos haya dicho ya en Jesucristo (*Cf. Hebr*), pero continúa hablándonos, interpretándonos, invitándonos a la conversión a través de los problemas, necesidades y aspiraciones de nuestro tiempo, interpretado todo ello a la luz de la fe de la Iglesia.

- Debe constituir una verdadera invitación a profundizar en las exigencias totales de la fe, exigencias individuales y familiares, exigencias que reclaman siempre un conocimiento más profundo del misterio de Cristo, de su persona y de su Evangelio; del misterio de la Iglesia y del amor con el que hay que pertenecer a ella...
- No debe consistir tanto en una transmisión o en una comunicación de conocimientos teóricos, cuanto en una renovación consciente y constante de nuestra adhesión a Cristo y en una verdadera revisión de vida.
- Debe constituir un esfuerzo comunitario de adaptación (en ocasiones crítica) del mensaje cristiano a la mentalidad del hombre de hoy, a sus aspiraciones e ideales.
- Debe orientarse, por último, de modo que ayude a

cada miembro de la familia a descubrir las exigencias concretas de su fe en relación con los problemas de la vida familiar, profesional, cultural, social, económica, política..., etc., y el significado del conjunto de su experiencia humana en relación con el misterio de Cristo.

No es preciso insistir en la **importancia de la oración** en la función de transmitir la fe. Pero la oración no puede hoy adoptar formas demasiado formalizadas. La oración, hoy más que nunca, en la familia actual, debe ser una resultante de una fe vivida y compartida que necesita expresarse individual y comunitariamente en un diálogo con Dios Padre, con el Señor, un diálogo que arranque, al mismo tiempo, del sentimiento profundo de debilidad sentida y del agradecimiento permanente al que por amor nos perdona y al que sólo con amor podemos corresponder, y que arranca también del profundo respeto al que no es "lo absoluto", sino "el Absoluto", y de la necesidad, constantemente sentida, de acudir a nuestro Padre del cielo en busca de ayuda y aliento, movidos siempre por el Espíritu.

Una oración así no permite fórmulas estereotipadas. Es un clima del que surgirán formas diferentes de oración individual y familiar. Y ello sólo será posible si se logra dar una dimensión trascendente al acontecimiento cotidiano. Sólo a partir del descubrimiento de la debilidad, del agradecimiento, del Amor más digno de ser amado por el hombre, de la necesidad, de la indigencia y de la pobreza; sólo a partir del descubrimiento de las grandes constantes de la vida humana, en el entramado mismo de la vida individual, familiar y social, propia y ajena, sólo así surgirá la oración como un hecho espontáneo y no por ello menos repetido y constante.

La oración en la familia de hoy debe ser la expresión libre, realizada en un acto libre, de la vinculación libre a Dios, al que

se descubre como persona y con la cual uno o varios se co-realizan a partir de una presencia compartida, de una intimidad, de un diálogo.

Y no podemos hablar de la transmisión de la fe en la familia, sin hablar de **la Iglesia**. La familia, como lugar de la socialización primaria, debe ser también el canal primario para la integración del creyente en la comunidad eclesial. Transmitir una fe que se sus-tente exclusivamente en una estructura normativa, de carácter religioso, pero anclada sólo en la propia familia, está condenado al fracaso. Iniciar, sensibilizar, cultivar, interiorizar, personalizar, acompañar y alimentar la fe de los miembros de familia, necesita una continua referencia a otras pequeñas comunidades cristianas, a la comunidad diocesana, a la comunidad universal, es decir, a los ámbitos supra-familiares o extra-familiares que deberán ser los soportes comunitarios de esa fe que se vive también, pero no exclusivamente en la familia.

Motivar la dimensión comunitaria, eclesial, de la fe será una de las alternativas creyentes más importantes a los actuales esquemas religiosos de la familia: una familia que sólo posibilita una religiosidad familiar hace imposible un cristianismo maduro que pueda realizarse -lo que ocurrirá tarde o temprano- en cualquier otra situación o ambiente (piénsese, por ejemplo, el trauma actual del joven creyente cuando pasa a estudiar en la universidad o cuando inicia un trabajo profesional lejos del ambiente familiar o, simplemente, cuando ha de hacer el servicio militar).

La familia vivida por cristianos se ha de expresar y se realizará en referencia a la sociedad humana y como espacio cristiano para construir el Reino. Ello no tiene sentido si la familia no vive abierta a la sociedad. Ante todo porque la familia está compuesta por hombres que viven en el mundo y la salvación

de Cristo afecta a la totalidad del hombre y del hombre en sociedad. Además porque la relación Iglesia-mundo, salvación cristiana y liberación del hombre y sus circunstancias, es un dato de la Revelación que alcanza a cada creyente y a la Iglesia entera como sacramento y, en consecuencia, a la familia como micro-Iglesia o Iglesia doméstica.

Pero tal vez la cuestión no está en fáciles moralismos sociales, en predicar hoy en el seno de la familia los mandatos de la justicia social como antes se predicaba la castidad y "los horrores" de los pecados contra el sexto mandamiento. La clave, tal vez, esté en una recta y profunda comprensión de **cómo se articula, sería y constructivamente, las relaciones individuo-familia-sociedad.**

Rof Carballo lo expresa de una manera totalmente acertada:

«Es absolutamente escandaloso que hoy se aborden los infinitos problemas que hoy plantea la llamada crisis de la familia, desde el divorcio a la fecundidad artificial, desde las parejas unidas premaritalmente, sin sacramento alguno, ni siquiera la sanción de la Alcaldía o Juzgado, de los matrimonios polivalentes o de ensayo poligámico..., etc., con muchísimo interés y hasta con agudeza y siempre con pasión, excesiva, dejando de lado totalmente la cuestión. Que no es más que ésta, escalofriante: la disminución de la tutela diatrófica, el raquitismo de la ternura, la asfixia del diálogo constitutivo lanzará al mundo en proporción creciente millones de seres en apariencia inteligentes, cultivados, diestros en admirables raciocinios. Pero profundamente tarados en su núcleo espiritual, pre-esquizofrénicos o pre-psicóticos, delincuentes potenciales neuróticos graves o liminares, como ahora se dice. Muchos de ellos procurarán salvar sus vidas creando una urdimbre que no han

tenido, fabricándose en ideologías revolucionarias o en empresas sociales o en conservadurismos no menos neuróticos. Soñarán así, tratando de liberar a los demás, en establecer sobre el mundo su emporio de libertad, de igualdad, tratando de liberarse a sí mismos. Pero todo será inútil. La gran neurosis inoculada en su infancia sólo podrá atenuarse o curarse con los métodos actuales de psicoterapia, no con actividades políticas o terroristas, o con empresas aventureras, o con ideologías espectaculares o con enmurallamientos disfrazados de virtud».

Lo más grave del acertado diagnóstico del profesor Rof Carballo es que en la familia actual suelen ser los padres los que ya son resultantes de este proceso destructor del hombre y de la sociedad: ¿qué ocurrirá entonces con los hijos actuales, es decir, con sus propios hijos? ¿y con los hijos de éstos?

Frente a esta situación y este interrogante, el creyente tendrá que plantearse en profundidad el crear una familia en la que la tutela amorosa, la ternura y la acogida, el diálogo y la comprensión, hagan de la familia *«una comunidad de amor, que sepa crecer en el amor, poblando el mundo de seres ricos en el amor y capaces, a su vez, de irradiar amor»* (G. Campanini).

La transmisión de la fe en la familia hay que realizarla en el contexto de una institución que atraviesa una seria crisis. Como decía al principio, es ello lo que nos impide "dogmatizar" ofreciendo fórmulas acabadas, cerradas, para la transmisión de la fe en el ámbito familiar.

Vivimos en una crisis de la familia y vamos a morir en ella. No hay fórmulas mágicas. No hay recetas prefabricadas. No hay ni siquiera unas ideas claras y definidas que nos permitan afrontar el hoy familiar con toda garantía de éxito. Hay que

aceptar con esperanza, con fe y con amor, los riesgos del momento y no caer en la tentación de pararse desorientados. Tenemos en Jesús y en su Evangelio la estrella polar que nos permite seguir el camino. Sólo cuando nos sentimos de verdad débiles, hacemos posible que pueda brillar la fuerza de Dios. Jesús nos permite aceptar el reto de la crisis y nos impulsa a construir siempre el amor, la convivencia, el diálogo... en medio de la tensión crítica de algo que muere y de algo que resucita. El murió para resucitar. También nosotros tenemos que morir cada día para resucitar. Ello nos permite vivir con esperanza los dolores del alumbramiento de un nuevo equilibrio familiar. No tengamos miedo. Si la familia no existiera, el hombre acabaría inventándola. **Vivimos la gran aventura, la apasionante aventura de re-inventar la familia.** Ello exige enfrentarse, con paz y con amor, contra toda tentación de nostalgia, contra las mil alienaciones que nuestra sociedad construye cada día, contra los tópicos e ideologías que olvidan el valor de la persona. No es el momento de "guerras santas" que sólo conducen —como toda guerra— al odio y a la crispación, a la destrucción y a la ruptura. Es el momento de la contemplación y del compromiso, de la oración y del testimonio paciente del que confía en el Padre, en Jesús y en el Espíritu. Jesús no ha venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo (Cfr Jn 12,48). *«No estéis agitados; fiaros de Dios y fiaros de mí», dice el Señor (Jn 14,1).* *«No os agobiéis por el mañana» (Mt 6,34).* Desde ahí hay que plantearse cómo transmitir la fe en el seno de la familia actual.